

La crisis de la democracia argentina como crisis del progresismo: lecturas periodísticas de centroizquierda sobre el 2001 y después

EDUARDO MINUTELLA | jeeminutella@gmail.com

Programa de Estudios sobre el Libro Político Contemporáneo / Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales /
Universidad Nacional de San Martín

| Resumen

En el contexto de la crisis de 2001, la prensa progresista tuvo que lidiar con las promesas incumplidas de una democracia que en los años de la transición había abrevado en una serie de temas y agendas propias de aquello que en la década de 1990 se terminó denominando “progresismo”. En este trabajo se analizan las intervenciones públicas de dos periodistas que ocupaban espacios relevantes en medios gráficos progresistas entre los años 2001 y 2002: Jorge Sigal y Sandra Russo. En ambos casos se establece bajo qué coordenadas pensaron la crisis argentina en general y las crisis del progresismo y la democracia en particular, y cuáles fueron las herramientas con las que intentaron dar respuestas a las incertidumbres de la hora. En el apartado final, se ensayan respuestas sobre las dificultades del progresismo para hacer pie en un contexto como el actual, marcado por una fuerte impronta antiprogresista y propicio a favorecer voces parcial o totalmente críticas de la democracia.

Palabras clave: crisis, democracia, progresismo, transición, periodismo

The Crisis of Argentine Democracy as a Crisis of Progressivism: Center-Left Journalistic Readings of 2001 and Beyond

| Abstract

In the context of the crisis of 2001 in Argentina, the progressive press had to deal with the unfulfilled promises of a democracy that, in the years of transition, had been based on typical issues and agendas of what ended up being called “progressivism” during the 1990s. This paper analyzes the public interventions of two journalists who occupied relevant places in the graphic media that was identified

with progressivism between 2001 and 2002: Jorge Sigal and Sandra Russo. In both cases, this paper seeks to establish under which coordinates they thought about the crisis in Argentina in general, and about the crisis of progressivism and democracy in particular, and which tools they employed to try to provide answers for the uncertainties of those times. In the final section, there is an attempt to provide answers for the question of the survival of progressivism in a context like the current one, which is marked by a strong anti-progressivism imprint and often favorable for discourses partially or completely critical of democracy.

Keywords: crisis, democracy, progressivism, transition, journalism

Algunas de las ideas que terminaron convergiendo en el significante “progresista” en la década de 1990 fueron centrales en el contexto de la última transición democrática, sobre todo en el plano de lo discursivo. La búsqueda de una coexistencia posible entre libertades democráticas, institucionalismo republicano y mayor equidad económica y social no era compartida con igual énfasis por todo el arco político e intelectual en los años del retorno democrático, ni siquiera en el seno del propio radicalismo triunfante, y tampoco era un reclamo propiciado por el conjunto de la población. Sin embargo, constituyó una de las columnas vertebrales del pensamiento que alentó la transición, cuyos intérpretes intentaron plasmar “desde arriba” una serie de derechos fundamentales de inspiración “progresista” (Gargarella, 2010). Fueron sobre todo algunas experiencias intelectuales las que contribuyeron a dar forma a una nueva síntesis virtuosa que, en clave refundacional, pusiera a la Argentina en una nueva senda (Mercader, 2024). Transitarla, se creía, permitiría superar los antagonismos seculares que habían lacerado al país durante décadas. Algunos de los intelectuales que compartían aquella vocación habían revisado y reevaluado su participación en las izquierdas revolucionarias de las décadas de 1960 y 1970, como los que integraron los grupos constituidos en torno al Club de Cultura Socialista o publicaciones como *Punto de Vista* y *La Ciudad Futura* y proponían refundar a la Argentina, y a la izquierda misma, sobre unas nuevas bases republicanas y democráticas (Martínez Mazzola, 2021; Mercader, 2024). Si durante el exilio muchos de los intelectuales que protagonizaron aquellas experiencias habían puesto el acento en las discusiones teóricas sobre el vínculo entre socialismo y democracia, las urgencias de la hora política acelerada a partir de la derrota argentina en Malvinas y la salida del gobierno dictatorial obligaba a priorizar, sobre todo, la dimensión práctica de las discusiones que se habían producido en los años del exilio. Similar compromiso con las ideas de democratización política y social y modernización institucional, que establecían una *frontera* con el pasado inmediato (Aboy Carlés, 1998) se observaba entre los intelectuales peronistas que apoyaron a la denominada *renovación* desde la revista *Unidos* (Garategaray, 2018; Brachetta, 2020), e incluso entre quienes poco después llamaron a la construcción de una fuerza progresista frentista que superara al bipartidismo imperante (Ferrari y Suárez, 2021). Sin embargo, aunque en aquellas experiencias se encontraran ya presentes los temas y tópicos que en la década siguiente terminarían perfilando el discurso “progresista”, el lenguaje político predominante en la década de 1980 continuaba utilizando “progresista” como un concepto que complementaba a otras identidades políticas que conservaban su fuerza, como la radical, la peronista o la socialista. Por ejemplo, se podía formar parte de las “alas progresistas” de las fuerzas políticas mayoritarias, mucho más que *ser un progresista*. La condición “progresista” aparecía referida más que nada en publicaciones especializadas “de nicho”, pero era mucho menos habitual en la prensa de masas, incluso en aquellas

publicaciones de asumida impronta “progresista”, como las revistas *Humor Registrado*, *El Periodista de Buenos Aires* y *El Porteño*. Un recorrido por los números de estas revistas publicados en los años de la transición arroja muy pocos resultados sobre el uso del concepto y, cuando aparece, lo hace de manera genérica, tal como se lo utilizaba desde fines del siglo XIX para aludir a lo “nuevo”, “lo modernizador” e incluso a cierta sensibilidad cultural de izquierda democrática sin fuerte compromiso político-partidario. Por ejemplo, aunque aparecen algunas referencias identitarias del tipo *nosotros, los progresistas* en el semanario *El Periodista de Buenos Aires*,¹ son escasas y demasiado genéricas, a diferencia de lo que ocurriría a partir de la década siguiente, por ejemplo, en revistas como *Trespuntos*. Fue recién contra el menemismo que en el periodismo local comenzó a tomar un perfil más específico y menos arraigado a pertenencias partidarias preexistentes, y *el progresismo* comenzó a constituirse en el discurso público como una identidad invocada en forma recurrente, a la vez que poco definida (Minutella y Álvarez: 2019; Minutella: 2022). Así, en la década de 1990, buena parte del amplio y heterogéneo espacio de la centroizquierda local responsabilizó a las dos fuerzas políticas mayoritarias (el radicalismo y el peronismo) por decisiones políticas que fueron leídas como defecciones democráticas, como las leyes de Obediencia Debida y Punto Final y los indultos, y por llevar adelante medidas económicas que reñían con los contenidos implícitos en el discurso democrático de la transición. En el contexto de una economía que había superado la hiperinflación y recuperado –aunque a un costo altísimo– niveles de crecimiento económico impensados apenas unos años antes, la constitución de un “progresismo” genérico, transversal y diverso logró articular una síntesis antimenemista incluso susceptible de ser traducida a las urnas, en un contexto relativamente optimista respecto de los beneficios reales o imaginarios de la globalización y la expansión de discursos orientados principalmente a la mejora de la gestión. En la prensa “progresista” por entonces en expansión, expresada en publicaciones como la revista *La Maga*, el diario *Página/12* o las revistas *Veintiuno* y *Trespuntos*, esa impronta se tradujo en un fuerte discurso anticorrupción y una crítica a los aspectos negativos del neoliberalismo, pero mucho menos de la imposibilidad de perpetuación del modelo de convertibilidad, que gozaba de amplio consenso en la sociedad, la mayor parte de la dirigencia política, e incluso entre muchos “progresistas” que la consideraron innegociable, en la medida en que garantizaba estabilidad socioeconómica y votos (Pereyra, 2013; Minutella, 2022). Pero pronto se hicieron evidentes las dificultades para saldar desde el “progresismo” las promesas incumplidas de la democracia. La constatación de que no bastaba con la mera pervivencia del orden democrático para comer, educar y curar ponía en evidencia la constatación de un fracaso que dio curso a autocríticas y llamados a la refundación. En este trabajo analizaré el modo en que, en el contexto de la crisis de 2001, intentaron dar cuenta de la crisis de la democracia argentina dos periodistas políticos identificados con el “progresismo”. En general, menos visitados por las investigaciones académicas, en comparación de otros actores de la vida cultural, usualmente considerados más relevantes, como los grandes intelectuales y los académicos, los periodistas todavía eran actores importantes en las discusiones públicas del cambio de siglo (Vommaro, 2008). La práctica periodística constituía un espacio de enunciación fundamental para la articulación de los debates de la época, y sus productos oficiaban de caja de resonancia para amplificación de los discursos que daban sentido a diversos actores sociales, como los intelectuales, los políticos, los comunicadores y la “gente de la cultura” en general. Los diarios y revistas en general, y los “progresistas” en particular,

¹ *El Periodista de Buenos Aires* (desde 1988, *El Periodista*) fue un semanario publicado entre 1984 y 1989 por Ediciones de la Urraca, dirigido por Andrés Cascioli y con Oscar Gabetta como jefe de redacción y principal coordinador periodístico. En su presentación, el director de la publicación lo caracterizó como “un espacio informativo y de análisis riguroso, verdaderamente libre y progresista”.

enmarcaban, caracterizaban y hasta delimitaban los principales contenidos de la agenda pública. En la medida en que los periodistas funcionaban como mediadores entre los artífices de las grandes ideas de una época y el público no especializado, pero ávido de consumirlas (aún simplificadas, traducidas o resignificadas) el estudio de sus intervenciones resulta pertinente y necesario.

Los periodistas relevados para este artículo son Jorge Sigal y Sandra Russo, ambos asumidos como parte del vasto y diverso campo de la centroizquierda “progresista”: el primero, como un excomunista que había virado en la década de 1980 hacia posiciones más cercanas a la socialdemocracia; la otra, como una profesional identificada con posiciones de una izquierda genérica menos reacia al diálogo con el peronismo, la denominada tradición “nacional-popular” y la (¿re?)valoración de la militancia revolucionaria de los años setenta. Para ambos, las promesas de la transición forjadas en discursos que proclamaban la casi omnipotencia de la democracia como garantía para la realización de las necesidades fundamentales del conjunto de la población se habían visto decepcionadas. Como se verá a continuación, en sus alocuciones sobre la crisis del régimen político, materializada en los sucesos de finales de 2001, quedaba implícita la certidumbre desalentadora sobre lo que se presentaba cada vez con más asiduidad como *promesas incumplidas de la democracia*.

1. Jorge Sigal: una solución intelectual para la crisis de la democracia argentina

A comienzos del siglo XXI, el periodista Jorge Sigal reemplazó a su antecesor, Jorge Halperín, al frente de la redacción de *3 puntos*, el semanario “progresista” por antonomasia del cambio de siglo (Minutella y Álvarez, 2019). Formado en el seno del Partido Comunista, y posteriormente miembro del Comité Ejecutivo de su organización juvenil, Sigal renunció a su afiliación partidaria en el contexto del retorno democrático para dedicarse al periodismo profesional. Desde 1984, transitó por medios de impronta “progresista”, como el diario *La Razón* de Jacobo Timerman, la revista *El Periodista de Buenos Aires*, el diario *Página/12*, donde fue editor, como así también de otros medios más generalistas, como las revistas *Somos* y *Gente* y el diario *Perfil*. Además, dirigió el mensuario de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos. Durante la etapa en que condujo la publicación *Trespuntos* (luego *3 puntos*), la línea editorial de la publicación se organizó principalmente en torno a la idea de “crisis”: de la izquierda en general, del “progresismo” en particular, y de la Argentina como proyecto de país. En ese contexto, Sigal no ocultó el desconcierto que albergaba a la redacción que conducía (entrevista realizada por el autor, 24-04-2018). Al contrario, sus intervenciones explicitaban la ausencia de respuestas de la prensa “progresista” ante la situación imperante. Su estrategia de intervención pública fue, entonces, la de acudir a voces que: a) eran consideradas intelectualmente válidas para dar respuestas a la demanda de explicaciones sobre los porqués del fracaso de la Argentina en general y de la izquierda democrática en particular en función de un conjunto de saberes y prácticas reconocidos como valiosos en el ámbito del “progresismo”; y, b) eran consideradas como voces moralmente aptas para tomar la palabra que “la clase política” había degradado, reconstituyendo sentidos necesarios en un presente que se revelaba hostil, y ante un futuro que se intuía aún más problemático. En un contexto de profesionalización periodística consolidada, que mayormente excluía los posicionamientos partisanos (Vommaro, 2008), la respuesta ensayada por Sigal era, más que la opción por algún alineamiento político-partidario, una operación de tipo intelectual. Para Sigal eran los intelectuales, en el sentido amplio de la palabra, quienes podían reponer narrativas validadas en un contexto de crisis de los partidos tradicionales y sus

dirigencias. Así, las páginas de la revista que conducía se atiborraron de académicos, especialistas y ensayistas varios que intentaban explicar las razones de lo que cada vez se tendía a presentar más como *el fracaso argentino*. En *3 puntos*, aquellas voces que podían darle sentido al caos presente incluso se convirtieron varias veces en nota de tapa.² Como ha señalado el antropólogo Sergio Visacovsky (2017), la autoridad de la que gozaban estos enunciadores devenidos *interpretes públicos* provenía de la posibilidad de presentarse como “limpios”, en la medida en que no podían ser considerados como responsables de la situación del país. En sus intervenciones, estos actores, ensayaban *teodiceas de la nación* para públicos amplios y no especializados; explicaciones que intentaban reconstruir el sentido del presente inscribiendo sus causas en problemas heredados de pasados más o menos remotos, a la vez que proveían visiones que alumbraban vías para salir de la crisis en el mediano plazo (Visacovsky, 2017: 377). Según Sigal, el factor esencial que orientaba aquella curaduría de voces e ideas no tenía que ver con los posicionamientos o adscripciones ideológicas de los actores convocados, sino más que nada con su valía ética. Por supuesto que con aquello solamente no bastaba: todos tenían en común su pertenencia más o menos orgánica al campo intelectual, y la portación de saberes que conjugaban la tradición libresca con la participación recurrente en la discusión pública. Aquella omnipresencia fue incluso cuestionada por los mismos lectores de la publicación, que llegaron a demandar más notas políticas y económicas, y menos espacio dedicado a intelectuales que “nos advierten de peligros que ya conocemos (...) y nos conducen a una pérdida de energía muy grande” (*3 puntos*, 19 de diciembre de 2002).

Según Sigal, eran su asumido desconcierto y su escasa confianza en la dirigencia política³ lo que lo alentaban a poner el acento en el mundo de las ideas, justamente porque era en ese ámbito donde se habían forjado algunas de las fallas principales de los políticos profesionales. Para Sigal, se trataba de un grupo mentalmente perezoso e incapaz de imaginar un país diferente que se había dejado llevar por la corriente y el cortoplacismo importando una forma envasada de neoliberalismo a la que habían convertido en discurso único.⁴

El ejemplo más claro de las estrategias de intervención periodística de Sigal se da en ocasión de la renuncia de De la Rúa. En pleno clímax de la movilización social, escribió un editorial en el número especial del 23 de diciembre de 2001, en el que volvía a ensayar una explicación de la crisis argentina centrada en el plano de las ideas: tanto los políticos que se iban como los que llegaban “no entendieron nada” y “no sabían interpretar la magnitud de la crisis” (*3 puntos*, n.º 235: 11). Como contraparte, Sigal ofrecía una serie de columnas a quienes, según consideraba, *sí entendían*: una vez más, los intelectuales. Así, acompañaba las crónicas y fotos de rigor con una serie de columnas firmadas por figuras reconocidas del campo de las ideas, como Beatriz Sarlo, José Nun, Torcuato Di Tella y Horacio González.

² En esa búsqueda de explicaciones sobre un presente que se proponía como fallido fueron nota de tapa figuras del campo periodístico o el ensayismo, como, por ejemplo, Horacio Verbitsky, Joaquín Morales Solá (número 240, 31 de enero de 2002), Juan José Sebreli, Tomás Abraham, (número 283, 28 de noviembre de 2002), Mempo Giardinelli o Miguel Bonasso (número 286, 19 de diciembre de 2002).

³ La excepción, para Sigal, era la dirigente del ARI Elisa Carrió, a quien consideraba como garante de la institucionalidad republicana y de una política leída en clave principalmente ética. Entrevista a Jorge Sigal realizada por el autor, 18-04-2018).

⁴ Sobre esta consideración, véase *3 puntos*, n.º 235, 23 de diciembre de 2001.

En los meses que siguieron al estallido, Sigal osciló entre las simpatías hacia el movimiento asambleísta y la apuesta a construcciones políticas posibles o imaginarias, pero que en la práctica resultaron inviables.⁵ Lo que primó, sin embargo, fue el pronunciamiento en defensa del sistema democrático y las instituciones ante lo que concebía como una posibilidad siempre enunciada, pero nunca caracterizada, de “disolución nacional”. La opción por Elisa Carrió, a quien incluso le ofreció espacio en 3 puntos para que escribiera una *carta abierta al país*,⁶ funcionó en ese sentido como un pronunciamiento en favor de la preservación de un orden a la vez republicano y progresista. Aquella predilección obedecía tanto a razones político-ideológicas como morales, en la medida en que, para Sigal, Elisa Carrió era una de las pocas figuras políticas de la época que podía combinar probidad, republicanismo y credenciales democráticas. Nada de eso, sin embargo, se tradujo en un apoyo partidario explícito. En sintonía con la tónica periodística profesionalista de la hora, en la cual primaba la aspiración a la denominada “independencia periodística”, Sigal sostiene que aquella simpatía no podía traducirse en militancia, ya que ninguno de los integrantes de la redacción que conducía participaba de estructuras políticas (entrevista con el autor, 18-04-2018). Así, al tiempo que en plena crisis el semanario “progresista” parecía jugar en defensa de la institucionalidad republicana y el sistema de partidos, se mantenía una distancia, que Sigal consideraba necesaria e inherente a su profesión, respecto de los partidos que buscaban encarnar esa institucionalidad.

Pero el aval público hacia Carrió no implicó para Sigal una primacía de la política sobre el mundo de las ideas; seguían siendo los intelectuales, y más específicamente los intelectuales “progresistas”, quienes podían proponer una respuesta para la solución de los problemas de una democracia argentina a la cual se consideraba en riesgo. Así, en medio de la crisis, Sigal parecía aferrarse a dos tópicos centrales de los años de la transición: la idea de que el mundo de las ideas debía, necesariamente, servir de norte a la acción de los políticos, y, asociado a lo anterior, la certidumbre de que la democracia debía “ser progresista” o no sería. Las causas de la crisis sistémica de la hora no habría que buscarlas, entonces, en supuestos errores del “progresismo”, sino en su debilidad y dificultades para volverse masivo.

| 2. Sandra Russo: la crisis de la democracia como fracaso del progresismo

A diferencia de las intervenciones de Sigal, que no dejaban de inscribir la crisis del “progresismo” argentino en la crisis de la izquierda global, en las columnas y crónicas de la periodista Sandra Russo para el diario *Página/12* predominaba una mirada más endogámica, y un énfasis mayor en las responsabilidades que le cabían al “progresismo” en aquella debacle local. Para Russo, los “progresistas” también eran responsables de que las promesas iniciales de la democracia finalmente no se hubieran realizado. En sus columnas predominan tres líneas argumentativas: a) el cuestionamiento al supuesto sobredimensionamiento de la idea de libertad en desmedro de la igualdad; b) la mirada crítica e inculpatoria hacia la clase media; y c) la certidumbre de que, por acción u omisión, buena parte del universo “progresista” había sido funcional a la perpetuación de los gobiernos que precipitaron la crisis.

⁵ Entre ellas, el apoyo al nacimiento de una fuerza política de fuerte raigambre sindical liderada por Víctor De Gennaro, a la manera del PT brasileño, y, con más imaginación que realismo político, según e entrevistado, el entusiasmo efímero por una fórmula de unidad entre referentes de la izquierda autonomista y el ARI. Entrevista a Jorge Sigal realizada por el autor, 18-04-2018.

⁶ “Carta urgente a mi país”, 3 puntos, abril de 2002.

En las décadas de 1980 y 1990 la pregunta sobre la conciliación de libertad e igualdad y el ajuste de cuentas con el marxismo ocuparon el interés intelectual de buena parte de la izquierda occidental (Sartori, 1993, 1996; Bobbio, 1996; Ghiretti, 2002). En la Argentina, intelectuales como Juan Carlos Portantiero cuestionaron la subsumisión de lo político en lo social que había alentado al pensamiento marxiano, y alentaron la articulación entre los dos polos que organizaban la clásica distinción entre la democracia “formal” liberal y la democracia sustantiva “socialista”; en su ya clásica conclusión, no exenta de implicancias locales en el contexto de la transición, si a la teoría política del socialismo le había sobrado Rousseau y le había faltado Locke, una centroizquierda posible y deseable sería aquella capaz de reponer parte de la acumulación política y cultural del liberalismo. (Portantiero, 1988). En enero de 2002, mientras las asambleas y el malestar cundían por todo el país, Sandra Russo escribía contra aquella posición. Para Russo, la democracia vigente no era *la democracia* propiamente dicha (cabría preguntarse cuál sería esa democracia), sino una “democracia neoliberal” impuesta por la globalización (“Falacias”, *Página/12*, 10 de agosto de 2001). Según sostenía, desde el retorno democrático de 1983, la idea de igualdad había ido perdiendo presencia en el discurso público en detrimento de una libertad que solo había favorecido un egoísmo frívolo y acrítico.⁷ En ese avance de la *libertad* –diríamos, de una libertad *negativa*, en el sentido de Isaiah Berlin– en detrimento de la *igualdad*, Russo ve las razones del triunfo de un “modelo” que había terminado por imponerse, y que, según afirmaba, había sido legitimado principalmente por la clase media. En esa convergencia entre crítica a la clase media y distanciamiento respecto del liberalismo, la periodista entronca con un tipo de “progresismo” que ocuparía espacios de mayor relevancia pública sobre todo a partir del gobierno de Néstor Kirchner, articulado principalmente en torno a tópicos de la tradición denominada *nacional-popular* (Quiroga, 2010).

Ahora bien: ¿qué clase media? En las columnas de Russo de 2001/2002 se oscila entre una externalización de la clase media entendida como un *otro* (casi) siempre reprochable, y el reconocimiento problemático de la propia pertenencia a ese segmento social en el que parecen materializarse los protagonistas de carne y hueso del “progresismo”. En las intervenciones de Russo, la clase media aparece a la vez como cómplice y como víctima de la coyuntura crítica que atravesaba el país. En sus columnas, la crisis algunas veces aparece inscrita en la genética de esa clase media, y otras en la de la nación toda;⁸ en ambos casos, lecturas teleológicas y predeterminadas de las razones del “fracaso argentino”. Así, la periodista entronca con discursos que circularon ampliamente a comienzos de la década de 2000, y que incluso se vieron plasmados en *bestsellers* que abordaban en clave mecanicista cuestiones como la identidad argentina y la recurrencia de las crisis en el país (Semán, 2006).

Pero la crisis también era presentada como una oportunidad para que esa clase media más esbozada que conceptualizada a la que se presentaba como “obnubilada” o “embobada” por las “sirenas neoliberales” –es decir, incapaz de inteligir cuál sería su verdadera responsabilidad histórica– cambiara su mentalidad e imaginario. Para la editorialista de *Página/12*, se trataba de un sector de la sociedad que históricamente se había autopercebido como mejor que en lo que en realidad era: más *flaco*,

⁷ Escribe Russo al respecto “nos embobamos con la idea de libertad como un valor que nos indujo a ser libremente descerebrados. Creímos, banalmente, estúpidamente, que éramos libres porque untábamos nuestras tostadas con mermelada húngara o porque nuestros hijos nos pedían un viaje a Orlando y eso no nos sonaba descabellado”. (*Página/12*, 16 de enero de 2002).

⁸ Por ejemplo, mientras que en columnas como “El país es un mal diagnóstico” (*Página/12*, 9 de diciembre de 2001) la periodista se pregunta si la Argentina no es una criatura “congénitamente defectuosa”, en otras intervenciones atribuye condiciones atávicas espacialmente a la clase media.

más *rubio*, más *educado*, más *europeo* (cursivas mías), que “ha creído ver su destino atado a los de arriba y siempre ha despreciado a los de abajo”. Por eso, la crítica de la “clase política” debía necesariamente complementarse con la de una clase media que “se ha comportado de manera miserable” (*Página/12*, 16 de enero de 2002).

¿Pero a quién le hablaba la cronista sino a la clase media “progresista” de la cual era parte? A esa gente a la que caracterizaba como sensata, educada, incluso bienpensante, instruida, informada, incluso bienintencionada, pero que había transitado “de fracaso en fracaso” (*Página/12*, 31 de marzo de 2004, cursivas mías) le dedicó “Progresistas”, su columna del 19 de mayo de 2002. Para Russo, al abrazar a la globalización como un fenómeno inexorable y menoscabar la distinción tradicional entre izquierda y derecha, esos “progresistas” de clase media se habían convertido en “idiotas útiles a la derecha” (*Página/12*, 31 de marzo de 2002). El porqué de esa condición supuestamente funcional se busca en un nivel diferente al que le competiría a la clase media a secas: unas veces es imputado a su “confusión” y su “cansancio” por la sucesión de derrotas históricas; otras, en cambio, se debe al hecho de haber sido sucesivamente manipulados “por un grupo de formadores de opinión, a su vez ‘operado’ por el establishment” (*Página/12*, 31 de marzo de 2002). Fueran cuales fueran las razones de esa defección, en esta lectura casi siempre mecanicista, el “progresismo” y la izquierda en general se revelaban políticamente improductivos e incapaces de dar las respuestas adecuadas para saldar las promesas incumplidas de la democracia.

A pesar de las limitaciones ideológicas y sociológicas que le reconoce al “progresismo”, la periodista lo ubica en el campo de las izquierdas, y, por tanto, habitante de un terreno empantanado que contrastaba con la eficacia incontestable de “la derecha”, alineada principalmente en torno a la defensa de sus intereses económicos y, por tanto, dotada de mayor conciencia de clase.⁹ Al contrario, en tanto hijo de la democracia liberal, el “progresismo” estaría atravesado por las diferencias y el disenso. Por lo tanto, para Russo resulta demasiado hipersensible, principista, atento a matices no demasiado relevantes, y, en consecuencia, propicio a la fragmentación. En esa rémora liberal de la concepción democrática del “progresismo”, que favorecería la discusión mientras otros *hacen*, descansaría para Russo la principal razón de su ineficacia para la construcción de una fuerza política de mayorías:¹⁰

Están acostumbrados a ser una expresión tan pulida, tan sutil y tan específica, que cada bloque de la izquierda y sus alrededores pretende expresar con pelos y señales a unos cuantos —a unos pocos, que a su vez en cada ámbito reproducen el mismo tic—(...). Capillas y capillitas que de pronto se erigen en submundos. (*Página/12*, 19 de mayo de 2002)

En las columnas de Russo, esa certidumbre sobre la habitual tendencia a la disgregación del campo de las izquierdas se complementa con una creciente desconfianza hacia la “política profesional”, campo de acción para gente “con palanca”, coimeros, punteros y concejales (*Página/12*, 30 de enero de 2002). De ese modo, Russo retoma algunos de los temas del discurso crítico de la “clase política”, que era uno de

⁹ En el esquema binario que propone la columnista de *Página/12* se valora la capacidad de organización y supervivencia de una *derecha* que, incluso en su heterogeneidad, cuando es necesario sabe alinearse, “no es quisquillosa” y “si hay que digerir sapos, se los traga”.

¹⁰ En esta caracterización, el ámbito progresista es aquel que favorece las rencillas entre gente que piensa parecido, pero jamás puede llegar a un acuerdo, mientras “la historia pasa siempre en la otra cuadra” (*Página/12*, 19 de mayo de 2002).

los tópicos centrales de la prensa de la época (Suárez y Minutella, 2021). El fracaso de esa democracia que no pudo ser progresista vaticinaba un futuro pesimista: “Lo que viene, si viene, no será mejor por ser distinto. Si son todos socios del club. Puede volar Cavallo y puede incluso volar De la Rúa, pueden venir Ruckauf o Menem o Duhalde. ¿Y?”. (*Página/12*, 9-12-2024).

Se constituía así una idea de “progresismo” paradójica, en la medida en que no podía vislumbrar proyección alguna de progreso. Para la columnista de *Página/12*, las promesas incumplidas de la democracia habilitaban un tiempo en el cual los niños y niñas nacerían “con la marca de su futuro tatuada en negro” (*Página/12*, 6 de abril de 2002). Ante ese horizonte de expectativas amputado, Russo presentaba como “última trinchera” a la cultura, dispositivo fundamental para la construcción de la clase media ilustrada porteña que “valora, aprecia, disfruta, consume y genera bienes culturales” (*Ibid.*) Erigida trinchera identitaria y contraseña común del “ser quienes somos”, la cultura (que es ante todo cultura letrada: la columna se titula “Libritos”) es también el espacio que delimitaba a los propios de aquellos otros que “no pasarán”. Pero además de trinchera, la cultura es también campo de elevación que posibilitaba *subirse* (cursiva mía) “no a la cuatro por cuatro ni al penthouse”, sino “a un estado mental y espiritual que nos permite ser quienes somos, estos que adoramos comprarnos un librito, o ir al cine o escuchar música” (*Ibid.*). Como en Sigal, la producción intelectual, lo libresco y el mundo de las ideas aparecían como reposición necesaria para combatir a un enemigo poderoso, aunque en este caso se enfatizaran mucho más las cualidades identitarias de una pertenencia cultural común, entendida en clave endogámica y no exenta de superioridad moral ante la materialidad llana o la vulgaridad de aquello contra lo que se disputaba.

| 3. Para cerrar: de una crisis a otra

Según Gerardo Aboy Carlés (2010: 76), aunque Alfonsín concibió su planteo transicional en términos de un planteo democrático, su invectiva estrictamente contradecía los elementos democráticos inherentes a la lógica populista imperante en las principales identidades políticas argentinas del siglo pasado. Así, valores como el diálogo, el pluralismo o la deliberación, integraban mejor el locus liberal-republicano que el de las largamente arraigadas tradiciones democráticas locales. De hecho, la idea misma de “recuperación democrática” parece obturada cuando constatamos que el espíritu fundacional de la transición en los hechos carecía de modelos previos que sirvieran como referencia para la construcción de una democracia liberal, al fin y al cabo lo que se proponía el núcleo duro del primer alfonsinismo (Aboy Carlés, 2018). Aunque el “progresismo” argentino manifestó desde sus inicios dificultades para superar las tensiones inherentes a la búsqueda de una síntesis entre democracia, institucionalismo republicano y equidad social y económica, el profundo desgaste producido durante la larga década menemista obligó a muchos de los portavoces más sofisticados del “progresismo” local a moderar sus expectativas, al punto de volverlas impotentes ante los acontecimientos que se precipitaban. De allí que las deudas pendientes de la democracia también pudieran ser leídas por la prensa progresista también como una crisis del “progresismo”. En los años que siguieron a la llegada de Néstor Kirchner al poder, la predominancia de un “progresismo” de izquierda que entroncaba más con los temas y prácticas del liberal-republicanismo comenzó a verse disputada por uno que buscaba entroncar con la denominada *tradición nacional-popular*, que tendió a presentarse cada vez con más

énfasis como democrática incluso a expensas de las prácticas y principios del liberal-republicanismo.¹¹ Lejos de constituir una especificidad argentina, esta bifurcación de tradiciones políticas es extensible a muchos otros países de América latina. Las disímiles concepciones de la política que albergaban suponen formas diversas, y a veces en competencia, de legitimar al Estado democrático: la legitimidad popular y la legitimidad constitucional (Quiroga, 2010: 27). La autocrítica exhibida en las columnas de Sandra Russo, entronca mucho mejor con la versión del “progresismo” que, alejado de los tópicos del liberalismo, que caracterizaría al discurso de las fuerzas políticas que protagonizarían la *marea rosa* de la década de 2000,¹² que con aquel progresismo que, en el sentido planteado por Portantiero en el contexto de la transición, había ido por el rescate de Locke. Pero, así como el 2001 marcó un límite para la construcción política de mayorías en clave “progresista” en el sentido imperante durante los años noventa, la alternativa nacional-populista también encontraría sus límites en la década de 2010, tanto por sus déficits institucionales como por el hecho de que los discursos sobre “democratización” y “ampliación de derechos” no coexistieron con una reducción comprobable de las desigualdades económicas. Así, lejos de perder actualidad, en los años que siguieron al 2001 la pregunta por la crisis de la democracia recobró potencia, actualidad y nuevos sentidos. Por supuesto que no se trata de un fenómeno local; en todo el mundo, una extensa bibliografía viene abordando la cuestión desde distintas perspectivas teóricas y haciendo foco en problemáticas tan diferentes como el ascenso de los populismos de derecha o el ascenso de China como principal contendiente en la disputa por la hegemonía mundial (Rosanvallon, 2017; Pzeworski, 2022). Pero en el caso específico argentino, la cuestión se volvió especialmente central en la medida en que, especialmente en el último lustro ganaron un lugar de gran relevancia en el debate público discursos que relativizan la importancia de la democracia, e incluso la impugnan.

La toma de distancia respecto del significante “progresista”, sin embargo, no es patrimonio exclusivo de las viejas o nuevas derechas. Por caso, los dos periodistas relevados en este artículo también han renegado de su pertinencia al universo amplio, heterogéneo y diverso del “progresismo” argentino. En 2010, en pleno auge de la polarización política y periodística, Sandra Russo identificó al “progre” con características connotadas negativamente, como la “neutralidad” y la “despolitización”, y resaltó la coincidencia temporal entre auge del “periodismo independiente” y ciudadanía “suelta” no integrada en partidos políticos. Y sentenció: “Quizá sea hora de enunciar la declinación de esa categoría socio-cultural consensuada durante años para alojar en sí a la gente bienpensante” (“El ocaso del progre”, *Página/12*, 18-09-2010). En simultáneo con su trabajo en *Página/12* y su participación en programas periodísticos de fuerte impronta oficialista,¹³ Russo fue, además, biógrafa oficial de la expresidenta

¹¹ Según sostiene Hugo Quiroga, en América latina coexisten “al menos, dos tradiciones de izquierda. Una que se podría denominar genéricamente nacional y popular (distante del liberalismo político y económico) y, la otra, de corte socialdemócrata (próxima al liberalismo político y distante del liberalismo económico) (2010: 17)”. Según el autor, se trata de dos matrices políticas diferentes, que en forma esquemática se pueden referenciar en las nociones de “pueblo” y “ciudadanía”, y cada una de ellas se fundamenta en diferentes concepciones de la política y fuentes de legitimación del Estado democrático: la legitimidad popular (avalada por las mayorías) y la legitimidad constitucional (avalada por el contrato constitucional y sus derechos fundamentales). Sobre el tópico de las “dos almas” de la izquierda argentina puede verse también Mocca (2007).

¹² “Marea rosa” es el nombre que se dio en el debate público latinoamericano al conjunto diverso de gobiernos que adoptaron posiciones de centroizquierda retóricamente antineoliberales y críticas del Consenso de Washington, que defendieron el rol del Estado como regulador y ordenador de la economía en los primeros tres lustros del siglo XXI.

¹³ “Yo soy oficialista, defiendiendo este modelo y este proyecto de país”. Entrevista en: <https://actualidad.rt.com/programas/entrevista/view/131247-entrevista-sandra-russo-periodista-escritora-argentina/video/54896297098f6b44ae3eef0d>

Cristina Fernández de Kirchner. Por su parte, en las intervenciones recientes de Jorge Sigal, que se ve cada vez más a sí mismo como un “hombre de la democracia”, es recurrente la imbricación negativa entre progresismo y kirchnerismo, y la caracterización del primero como un tipo de “doble moral” de centroizquierda que conlleva posicionamientos siempre selectivos y éticamente cuestionables. Entre 2015 y 2018, Sigal incluso fue Secretario de Medios Públicos del gobierno de centroderecha encabezado por Mauricio Macri.

Como vimos, en la Argentina esta sensación de crisis de la democracia no es enteramente nueva: tanto la entrega adelantada del mandato en 1989 como los sucesos que precipitaron la renuncia de De la Rúa a fines de 2001 pueden ser encuadrados como momentos críticos de relevancia inobjetable. Pero en el caso específico del actual presidente argentino, Javier Milei, no es un dato menor que no pueda responder en público “sí” cuando se le pregunta si cree en la democracia.¹⁴ Su vicepresidenta, Victoria Villarruel, ganó presencia pública por sus vínculos con militares encarcelados por violaciones a los derechos humanos durante la última dictadura. Nada de aquello impidió que alcanzaran el 56 por ciento de los votos en el balotaje de noviembre de 2023. En una parte de sus votantes los discursos elitistas se ven acompañados de un desdén, e incluso de una impugnación pública del ideario democrático y el otrora denominado (y casi seguramente nunca existente) “consenso alfonsinista”. A los fines de este artículo, no es menor señalar que este menoscabo o rechazo coincidan con la expansión de discursos que se presumen de antiprogresistas. A diferencia de los años que siguieron al 2001, donde distintas fuerzas políticas, medios de comunicación, periodistas y comunicadores reivindicaron para sí la construcción de un mejor progresismo, los últimos años son más bien un tiempo de abjuración. Incluso los dos actores analizados en este artículo, otrora campeones de la prensa “progresista” local –Sandra Russo y Jorge Sigal– manifestaron públicamente haber tomado distancia de aquellas ropas que alguna vez quisieron y supieron vestir.

Bibliografía

- Aboy Carlés, G. (1998). *Las dos fronteras de la democracia argentina: la reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem* (Doctoral dissertation, Universidad Complutense de Madrid).
- Aboy Carlés, G. (2010). Raúl Alfonsín y la fundación de la “segunda república”. Gargarella, Roberto, Murillo, María Victoria y Mario Pecheny, compiladores, *Discutir Alfonsín*, Siglo XXI editores, Buenos Aires.
- Aboy Carlés, G. (2018) *Persistencias de la fundación*. En Lazeretti, A., y Suárez, F. . *Socialismo y democracia*. Mar del Plata: Eudem.
- Bobbio, N. (1996). La izquierda y sus dudas. En Bosetti, G. (comp.) *Izquierda punto cero*. Barcelona: Paidós.
- Brachetta, M. (2020). *Unidos. una revista para refundar el peronismo*. Rosario: Prohistoria.
- Ferrari, M. y Suárez, F. (2021), En busca del progresismo anhelado. Algunos debates y propuestas de la centroizquierda argentina (c. 1987-1991). *Storia e política* (XIII-I), 5-30.

¹⁴ Por ejemplo, en agosto de 2021, ante las reiteradas consultas de la periodista Luciana Geuna sobre sus convicciones democráticas, Javier Milei no respondió afirmativamente, y recurrió a la paradoja o Teorema del economista Kenneth Arrow para dar cuenta de la supuesta imposibilidad de tomar verdaderas decisiones democráticas. Fuente: <https://jacobinlat.com/2023/11/13/arrow-y-milei/>

- Garategaray, M. (2013). Democracia, intelectuales y política. *Punto de Vista, Unidos y La Ciudad Futura* en la transición política e ideológica de la década del '80. En *ESTUDIOS* (29). ISSN 0328-185X, 53-72.
- Garategaray, M. (2018). *Unidos, la revista peronista de los ochenta*. Quilmes: Editorial UNQ.
- Ghiretti, H. (2002). *La izquierda. Usos, abusos, precisiones y confusiones*. Barcelona: Ariel.
- Martínez Mazzola, R. (2016). Una ruptura en la tradición: *La Ciudad Futura* y la construcción de una izquierda democrática, 1986-1991. *Izquierdas* (28), 248-273. doi: <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-50492016000300010>.
- Mercader, S. (2024). *Punto de Vista: Historia de un proyecto intelectual que marcó tres décadas de la cultura argentina*. Siglo XXI Editores.
- Minutella, E. y Álvarez, M. N. (2019). *Progresistas fuimos todos. Del antimemenismo a Kirchner, cómo construyeron el progresismo las revistas políticas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Minutella, E. y Suárez, F. (2021) Huérfanos, indignados y escépticos. La breve agonía de la Argentina frepasista. En Facundo Cruz y Gastón Pérez Alfaro (comps.). *Después del terremoto: el sistema político argentino a 20 años de la crisis de 2001*. Buenos Aires: China Editora.
- Minutella, E. (2022) *Las transformaciones en los discursos acerca del "progresismo" desde la formación de la Alianza hasta los inicios del gobierno de Néstor Kirchner (1997-2004): el caso de los semanarios políticos*. [Tesis de maestría: Untref].
- Mocca, E. (2008) "Las dos almas de la izquierda reformista argentina". En *Nueva Sociedad* (217), Septiembre - Octubre.
- Portantiero, J. C. (1988). *Democracia y socialismo: una relación difícil*. *Punto de Vista*, 20, 1-5.
- Pereyra, S. (2013a). *Política y transparencia. La corrupción como problema público*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Pereyra, S. (2013b). El 2001 como acontecimiento y como proceso. Desestructuración social y crítica de la política. En Pérez, G., Vommaro, G. y Pereyra, S. *La grieta: política, economía y cultural después de 2001*. Buenos Aires: Biblos.
- Przeworski, A. (2022) *Las crisis de la democracia*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 240 p. *Estudios Sociales Contemporáneos*, (30), 221-225.
- Quiroga, H. (2010). ¿De qué hablamos cuando hablamos de izquierda hoy?. *Temas y Debates*, (20), 21-34.
- Rosanvallon, P. (2017). *La democracia del siglo XXI*. Nueva Sociedad, (269).
- Sartori, G. (1993). *La democracia después del comunismo*. Madrid: Alianza.
- Sartori, G. (1996) ¿La izquierda? es la ética. En Bosetti, G. (comp.). *Izquierda punto cero*. Barcelona: Paidós.
- Semán, P. (2006). Historia, best-sellers y política. Bajo continuo. *Exploraciones descentradas sobre cultura popular y masiva*, 77-110.
- Visacovsky, S. (2017). Intérpretes públicos, teodiceas de la nación y la creación del futuro en la crisis de inicios del siglo XXI en Argentina. En Castillejo Cuéllar, A. *La ilusión de la justicia transicional: perspectivas críticas desde el Sur global*. Bogotá: Uniandes.
- Vommaro, G. (2008). *Mejor que decir es mostrar. Medios y política en la democracia argentina*. Buenos Aires: UNGS/Biblioteca Nacional.
- Walzer, M. (1996). La izquierda que existe. En Bosetti, G. (comp.) *Izquierda punto cero*. Barcelona: Paidós.